

EL (NUEVO) MOVIMIENTO ECOLOGISTA Y EL *ECOLOGISMO*
DE LOS POBRES: INCIDENCIAS POLÍTICAS,
MOVILIZACIONES Y ESTRATEGIAS. UNA REVISIÓN.

Sara Del Real Pérez

Introducción

En la actualidad los procesos sociales y políticos vigentes en América Latina colocan una y otra vez, sobre la mesa del análisis, el estado de los conflictos vinculados con la gestión y degradación del ambiente y los recursos naturales. La proliferación de este tipo de problemáticas, a lo largo y ancho de la región, y la aparición, junto con ellas, del denominado *nuevo* movimiento ecologista es señal clara de una transición de la movilización social sobre escenarios anteriormente desconocidos que requieren la revisión de sus orígenes y sus diferentes contenidos y manifestaciones.

Desde un punto de vista histórico, la presencia de numerosos conflictos socioambientales figura como un fenómeno de constante repetición cuya desenvolvura se da en compañía de protestas, luchas, enfrentamientos, sacudidas y levantones de carácter popular. Las pugnas por los recursos de la naturaleza, la contaminación del suelo y del agua, la pérdida de biodiversidad, etc., y las movilizaciones que éstas desatan, constituyen momentos que permean la historia de la humanidad entera a los que no es posible catalogar como conflictos exclusivos del mundo postmoderno y postindustrial.

En ese sentido, la consideración del movimiento ecologista como un *nuevo* movimiento social implica indagar en dicha denominación desde un plano que interconecte el factor histórico con su desenvolvimiento actual. Al mismo tiempo, sugiere inspeccionar los principales factores que lo caracterizan y le dan forma, haciendo énfasis en sus reivindicaciones y formas de organización, acción y movilización. Se trata de un intento por implementar la sensibilidad analítica en torno al movimiento que conlleve a identificarlo no como

una fuerza política inédita (en un sentido estricto), sino como una fuerza subyacente de trayectoria histórica.

Lo anterior no significa que su presencia en la esfera política y social de numerosos países del subdesarrollo (y del desarrollo también) esté ausente de prácticas y significados novedosos, ni tampoco que éste sea una mera reproducción de los viejos esquemas de movilización sostenida por los movimientos sociales “tradicionales”. Más bien sugiere establecer la sistematización de una larga serie de conflictos ecológicos presentes en América Latina, parecidos a los que acontecen en otros lugares del mundo, tomando en cuenta la estrecha relación que mantienen con el nuevo movimiento ecologista.

Éste debe ser entendido como un signo auténtico de resistencia popular histórica y potencial transformador, y como un movimiento de significativa incidencia política que no conviene ignorar. Pese al interés reciente que atrae, el mismo constituye una de las tantas fuerzas forjadas desde abajo capaces de generar un contrapoder que se inscribe en el marco de un creativo *ecologismo popular*. Precisamente, son tales elementos los que motivan a la investigación y los que figuran como los principales objetivos de este ensayo.

Desarrollo

La conversión, a principios de los años setenta, de la problemática medioambiental en una de carácter político supuso la introducción del tema de la ecología en el discurso y la esfera política. La extinción de especies, el agotamiento de los recursos naturales, la expulsión de materiales tóxicos al medioambiente, la pérdida de la biodiversidad, la contaminación del aire, el subsuelo y el agua, entre otros desastres producidos por la era industrial fueron considerados problemas en estrecha relación con factores culturales, políticos y económicos de la sociedad en su conjunto.

La expansión de los problemas ambientales en la mayoría de los países occidentales, y su generalización sobre sus diversos sectores de la población, generó un factor de organización y movilización ciudadana que se articuló para exigir una mejor calidad de vida. La gravedad que alcanzaron tales problemáticas, sobretudo aquellas vinculadas con la escasez de recursos naturales y las limitaciones del crecimiento económico, pronto obligaron a los gobiernos de esos países a asignar a éstas un lugar prioritario en la agenda política.

En este contexto se experimentó una amplia sensibilización respecto de la naturaleza del crecimiento económico como el principal causante de la crisis ambiental, dado que este constituía un crecimiento totalmente despilfarrador cuyos balances de costos-beneficios no incluían por ningún lado los impactos sobre el medioambiente. El estado mismo de la relación naturaleza-sociedad comenzó a ser cuestionado y planteado como una cuestión de urgente (re)consideración. La ecología tomó así su papel central, como disciplina que mejor explicaba la interconexión entre medioambiente, política y economía.

El movimiento ecologista en Europa tuvo un origen común en las protestas juveniles de los sesenta y en los denominados “movimientos culturales alternativos” de los setenta, conformados por estudiantes, jóvenes obreros, intelectuales, entre otros. Su eje articulador giró en torno al armamentismo mundial y a la dinámica sumamente extractiva y destructiva de la industrialización. Éste se constituyó en el principal crítico del orden establecido, cuestionando de manera ardua al proceso de modernización e integrando al ecologismo como una propuesta alternativa por parte de algunos de sus sectores centrales.

No obstante, pese al fortalecimiento que obtuvo en una gran parte de los países del norte, el movimiento ecologista ha recibido poca atención al interior de los estudios sobre movimientos sociales. El uso de la palabra “ecologista” no parece favorecer las relaciones de clase preferidas por muchos analistas de la corriente clásica, encantados siempre de acoplar a los movimientos sociales y su conciencia política dentro de la categoría reformista o revolucionaria. Además, a menudo es fácil descalificarlo como una moda y un lujo exclusivos del mundo postmoderno. ¿A qué se debe este hecho?

El reconocimiento de los problemas ambientales como problemas políticos se originó en una época tardía que conllevó a la interpretación errónea del ecologismo —y, por tanto, de los actores ecológicos— como “una preocupación o un movimiento social de países ricos”.¹ El nacimiento del ecologismo fue atribuido “a un cambio de valores sociales en las sociedades occidentales prósperas, orientadas cada vez más hacia cuestiones postmaterialistas de la calidad de vida”.² La concientización sobre la problemática ambiental se caracterizó como un asunto propio de

¹ Joan Martínez Alier, *De la economía ecológica al ecologismo popular*, p. 4.

² *Ibid.*, p. 5.

personas que, dado que habían cubierto de manera satisfactoria el conjunto de sus necesidades materiales habían, por lo tanto, experimentado una desmaterialización, un desapego a lo material y habían, por lo mismo, comenzado a valorar la naturaleza.

Este hecho pues, propició un rechazo generalizado por parte de la izquierda marxista del ecologismo, entendido como un movimiento “de origen social sospechoso” cuyo rechazo por el progreso tecnológico y respeto por la naturaleza levantaban también conjeturas de carácter desconfiado. La consideración de los países ricos, como los únicos capaces de ejercer una lucha auténtica por la defensa del medioambiente, llevó a suponer que los países pobres del Sur eran demasiado pobres como para ejercer movilizaciones de ese tipo, dado que su situación de carencia económica y material los obligaba a depredar el medioambiente y la naturaleza para garantizar su supervivencia.

Contrariamente a esta visión, es posible constatar la existencia de un *Ecologismo popular* (o *Ecologismo de los pobres*) que atraviesa al conjunto de la historia y, claro está, también a los países pobres. Bajo esta perspectiva, una inmensidad de luchas sociales son entendidas como luchas ecológicas; como movimientos sociales que “surgen de las luchas de los pobres por la supervivencia”³ (desde el ámbito de lo cotidiano, en palabras de Boaventura de Sousa) y como movimientos ecologistas que procuran sacar de la lógica del mercado los recursos naturales para su restauración, perduración y preservación.

Este tipo de ecologismo tiene sus orígenes en los conflictos ecológicos distributivos, los cuales “son conflictos acerca del acceso a los recursos naturales (mediados por relaciones de poder) o acerca de las cargas de contaminación (cuyo impacto se caracteriza por ser un impacto espacialmente diferenciado)”.⁴ Su análisis requiere del estudio de la mutua relación que se presenta en la esfera de la distribución económica, la distribución ecológica –ambas entendidas como distribuciones desiguales– y la distribución del poder político.

En ese sentido, el movimiento ecologista debe ser entendido como la profundización de la reacción a la catástrofe anunciada desde los inicios del tiempo de la industrialización y su patrón de consumo e intercambio intenso y continuo del flujo de recursos naturales, materias primas, energía, etc., como factor clave de su

³ *Ibid.*, p.9.

⁴ Anamaría Varea *et. al.*, *Ecologismo ecuatorial*, p. 17.

funcionamiento. Éste cuestiona las desigualdades sociales presentes en las sociedades actuales y exige “otra manera de producir y consumir, otra manera de vivir y trabajar (...) un ecologización estructural de las sociedades industriales (para lo cual el mundo tiene que cambiar de base material)”.⁵

En sentido profundo, el movimiento ecologista sugiere la transformación radical (y global) de la relación naturaleza-sociedad vía la reestructuración total de la vida económica, social y política, tendencia que lo caracteriza como un movimiento antisistémico relevante. El mismo “incorpora una crítica al carácter destructivo y autodestructivo que engendran la civilización productivista y el capitalismo moderno, y esboza el proyecto político-social de una civilización alternativa”.⁶ El movimiento ecologista desarrolla una propuesta en la que incluye la relación de los países (hiper) industrializados del Norte con los (mal) desarrollados del Tercer mundo, caracterizándola como una relación de intercambio desigual fundada en las bases de un sistema capitalista del mismo carácter.

De manera general, puede decirse que su programa político se encuentra basado en tres principios esenciales, a saber: el implemento de un desarrollo armónico con la naturaleza a través de la consideración e incorporación, en el sistema económico, de los ciclos ecológicos y naturales; el establecimiento de una democracia de base y la proliferación de la no violencia. La política social del movimiento ecológico señala a la degradación de los ecosistemas, producto del enriquecimiento indiscriminado de ciertos grupos, como un factor determinante del empobrecimiento de amplios sectores de la sociedad en los países latinoamericanos.

El ecologismo popular, propio de este movimiento, contribuye al fortalecimiento e implementación de la autonomía y la auto-determinación de los pueblos frente al fracaso del Estado y su papel de regulador del uso y manejo de los recursos naturales (cuyas respuestas para frenar su deterioro han sido poco efectivas). Éste, rechaza también toda forma de dominación y busca la consolidación de una sociedad en la cual sea abolida la relación de la explotación del hombre por el hombre.

⁵ *Ibid.*, p. 40.

⁶ *Ibid.*, p. 41.

Conclusiones

El ecologismo de los pobres (y el movimiento ecológico) se coloca como “heredero de diversas tradiciones socialistas revolucionarias”⁷ y como una fuerza enteramente popular cuyo nivel de incidencia política, en algunos casos, ha llegado a ser bastante significativa. Tal es el caso, por ejemplo, de Los Verdes de Alemania y la constitución de su propio partido en 1979 o la victoria popular, en el año 2000, sobre Aguas del Tunari bajo el contexto de la Guerra del Agua, en Cochabamba, Bolivia.

Lo es también el caso del movimiento de mujeres Chipko, en la India; los seringueiros en Brasil; los casos de biopiratería en Chiapas, en la zona de la selva lacandona (en la que se identifica la aplicación de una auténtica conservación militarizada de la misma, la cual funge, además, como resguardo principal de una docena de comunidades zapatistas); la comunidad de Puerto Ebanó en Ecuador y su oposición a la actividad camaronera, destructora de manglares; o la lucha emprendida recientemente por el denominado Movimiento de Afectados por la Minería en México, frente al asesinato de uno de sus principales líderes antimineros (Mariano Abarca) a manos de la minera canadiense *Blackfire*, el pasado 27 de noviembre del año en curso.

Aquí y allá pues, es posible encontrar un ecologismo de los pobres de carácter multifacético, omnipresente y multiforme. Éste representa una nueva fuerza sociopolítica en potencia capaz de dar paso a la creación de nuevos espacios de expresión y movilización, en donde la ecología impera como el telón de fondo de un gran número de movimientos sociales (donde destacan los movimientos ecologistas). Con base en ellos, las relaciones entre pobreza y medioambiente se sitúan como relaciones históricas, mediadas por relaciones de poder y conflictos ecológicos distributivos y desiguales.

Los reclamos por un nuevo orden internacional y la resistencia ejercida por movimientos ecologistas pueden llegar a constituirse en un instrumento capaz de plantear y construir formas reales que contribuyan al cambio de rumbo de la economía mundial, hacia el establecimiento de un verdadero “ecosocialismo” (hasta ahora evitado por el prejuicio anti-ecologista de la izquierda tradicional).

⁷ Joan Martínez Alier, *op.cit.*, p. 25.

Bibliografía

Alvarado Merino, Gina *et. al.*, *Gestión ambiental y conflicto social en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2008.

Martínez Alier, Joan, *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Barcelona, 1994.

———, *El Ecologismo de los pobres*, Icaria, Barcelona, 2004.

Mizrahi Perkulis, Yemile, *El movimiento ecologista: un análisis sociológico comparativo*, Instituto Tecnológico Autónomo de México, México, 1984.

Santos, Boaventura de Sousa, “Los nuevos movimientos sociales”, en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal5/debates.pdf>

Varea, Anamaría *et al.*, *Ecologismo ecuatorial. Conflictos sociambientales y movimiento ecologista*, Abya-Yala, 1997.